Pero esta desafortunada nacion á la que intrépidos malvados, despues de haberla arrastrado, por codicia, en su propia sangre y ruinas, sujetaban á esta nueva tiranía, se componia desgraciadamente, en gran parte, de gentes ignorantes y crédulas, á quienes la necedad ó perfidia habian alejado de toda útil lectura de Maquiavelo. ¿ Se hubiera querido á lo menos prestar oidos al hombre instruido y advertido que, aprovechándose de los avances suministrados por este autor, hubiera revelado los azotes con que el usurpador iba á abrumarnos ? ¿ no le hubieran impuesto cruelmente los facciosos silencio ? Podemos juzgar personalmente nosotros mismos, con arreglo á las dilatadas y acerbas desgracias á que fuimos condenados por haber revelado en el año de 1800, que Buonaparte se haria instalar bien pronto por el Papa mismo en el trono de los Borbones, y podemos juzgar lo que lo hubiera costado á cualquiera otro que, abrazando los consejos de Maquiavelo, se hubiera atrevido á vaticinar los inmensos males que este reinado iba á causar á la nacion francesa. ¿ Hubiera sido bastante reflexionada esta para dar crédito á los que hubieran publicado aquella verdad indicada en el *Libro del Príncipe*, que admitiéndose una vez como gefe del estado el hijo de un procurador de Ajacio, terror ya de la Europa y Asia por su belicoso ardor, haria necesariamente, para la conservacion de su trono, todos los actos de tiranía de que en Italia, durante los siglos quince y diez y seis, no habian podido abstenerse ciertos príncipes para la conservacion de su soberanía ?

Buonaparte es sin contradicion muy reprensible en haber cometido los mismos crímenes de la tiranía ; pero si por el hecho solo de que se consintió en su usurpacion, se le permitió cometerlos, como esto es incontrovertible ¿ quienes son pues los que tienen derecho para hacerle cargo de ellos ? Los únicos que le tendrian, serian aquellos franceses cuyo inflexible amor á la antigua monarquía se hubiera estremecido de indignacion cuando este *Soldado* audaz *se hizo rey consular*. Pero entónces, no ví casi en todas partes mas que á indiferentes estúpidos, ó á embrutecidos

aprobadores y reprensibles fautores de la usurpacion. ¿ Quien no fué cómplice, si lo fuéron cuantos tributáron á su execrable trono unos homenages exclusivamente reservados á la legitimidad ?

Tuvo él primeramente á aquellos de los numerosos y bajos partidarios de una tranquilidad de cualquiera especie en que pudieran saborearse con molicie los gozos. Pero ¡ Ay de mí! en el embotamiente de su ánimo, eran incapaces de prever que el aventurero á quien aceptaban por dominador, habiéndose puesto por este solo hecho en oposicion con aquellos partidos que habian fatigado demasiado su indolencia, no podria luchar contra ellos sin hollar á los aprobadores mismos de su usurpacion.

Su ciega complacencia se dejaba llevar por otra parte del voto comunmente respetado de aquellos hombres mas perspicaces que, en las clases mas consideradas, sacrificaban las sagradas máximas de la moral y del honor á diversas miras ávidas, disfrazadas con sofismas á un mismo tiempo hipócritas y sacrílegos. Prontos estos tanto á justificar como á

pronunciar sucesivamente los mas disparatados juramentos cuando ellos proporcionaban la entrada á algun favor, sin exceptuar el de *odio al cetro* de los Borbones, ensalzaban como el juramento de salud el que ellos se aceleraban á hacer al trono de Buonaparte. Importábales poco que la Francia quedara entregada á su execrable tiranía, con tal que el tirano les confiriese plazas y honores.

Superiores á estos serviles agitadores de las conciencias, estaban, por una contradiccion monstruosa que únicamente la perversidad de nuestra edad puede hacer creible, aquellos terribles zeladores del gobierno democrático, aquellos grandes farautes revolucionarios, que determinados siempre con el incentivo de una mas sobresaliente fortuna, sacrificaban su propia república al trono de Buonaparte, como habian sacrificado el de los Borbones á su sanguinaria democracia. Estos son aquellos á quienes deben imputarse, tanto y quizas mas que al usurpador, todas las calamidades con que él vino á inundar nuestra patria. Perjuros monstruosos é infames cómplices, dignos ya de nuestras maldiciones por haber

auxiliado la instalacion de este infernal poder¿ cuantas mas no merecerian ellos si, despues de haberle instituido, hubieran afirmado en seguida su voraz tiranía con los feroces servicios que él exigia de sus visires, genízaros, y bajáes? Pero? es posible que no hayais desempeñado eficazmente sus desastradas miras, vosotros á quienes él colmo de riquezas, cubrió de insignias, y convirtió en grandes duques y príncipes suyos? Por mas esfuerzos que nuestra indulgencia haga sobre nuestro pensamiento, no podemos impedir que los titulos y veneras conque os condecoró el tirano, no nos parezcan traer impreso todavía el sello de la mano que os los confirió, y que no nos testifiquen igualmente que los inmensos caudales de que le sois tambien deudores, nuestra cooperacion bien activa y eficaz á los actos con que él causó tantos males al género humano. El esplendor con que sobresalis, nos parece á pesar nuestro un reflejo de nuestras calamidades; porque hay desgraciadamente cosas que, por mas resplandecientes que son, y aunque bajo muchos aspectos se atraen el aprecio, recuerdan necesariamente cuan odiosas fuéron en su orígen. No pueden perder ellas, en el concepto del público, el vicio radical que contrajéron entónces. ¡Ah!¿ porque va á extenderse esta desgracia hasta aquellas condecoraciones, que despertando á su primer aspecto la veneracion que el honor infunde, ponen al punto en competencia con ella el penoso recuerdo de su fundador á que él nos fuerza? Es muy imperceptible la augusta imágen con que una mano sagrada substituyó la de Buonaparte en su *estrella* de honor, para figurar allí de otro modo que como un simple accesorio. En semejantes objetos, la forma, el color y nombre triunfan, y necesitamos de sumos esfuerzos de reflexion para dejar de ver aquí el simbolo del *honor* que le era necesario al usurpador para afirmar y extender su infame dominacion (1).

(1) Hubo necesidad de que las circunstancias políticas de la llegada del Rey, en el año de 1814 fueseu bien arduas, para obligar á su prudencia á conservar unas órdenes que tienen, á la primera vista, el efecto de recordar honorificamente el reynado del usurpador, y atraer nuestro aprecio hácia lo que

Sin embargo vimos á los mismos seïdes del tirano ir de los primeros hasta dos veces á maldecirle alrededor del trono de San Luis, restaurado para el consuelo de los desgraciados que ellos mismos habian hecho;

ciertamente podíamos llamar entónces las *miras* de su tiranía y la *piedra angular* de su restablecimiento. Cuando el usurpador volvió ¿ no volvió á hallarse efectivamente el *honor* de los mas de sus condecorados en todo su ardor, aun aquel á que él habia dado premios? y cuando fué restituido una segunda vez el monarca á nuestros deseos ¿ habian cambiado sinceramente el *honor* del sistema de la usurpacion por el de la verdadera monarquía aquellos caballeros de la gran banda, que, intérpretes de las voluntades de casi todos sus legionarios, propusiéron à nuestros Príncipes legitimos el enarbolar los colores de la rebelion y tomar en algun modo la caperuza de Estevan Marcel? Mi ánimo se resiste á comprender que el *honor* de los tiempos de la usurpacion pueda ser el de la monarquía legítima, aun cuando oigo con indulgencia el sofisma que hace una insidiosa abstraccion de ella, para referir únicamente á la patria los servicios que proporcionáron estas honoríficas distinciones, como si la felicidad y aun existencia de la patria no

constantes en el estilo suyo de atribuir al vencido los males con que ellos habian querido proporcionar su triunfo, bendicen con mas estrépito que nosotros, aquella potestad benéfica que ellos mismos habian maldecido

estuvieran en la monarquía legítima. Habré llevado razon, si se halla la condecoracion del *honor* de Buonaparte en todas las conjuraciones contra el trono, y hasta contra la patria. Mas dichoso y libre el emperador de Austria al recuperar por el mismo tiempo sus dominios de Italia, se aceleró á mudar enteramente las insignias de la otra órden, que el mismo usurpador habia creado allí. No conservó en ellas su forma, ni cinta. El rey de Nápoles acaba de mudar tambien enteramente las órdenes que habia creado el usurpador Joaquin. Para las excesivas reflexiones á que esta materia podria darnos ocasion, remitimos á la *Vida de Gaspar de Thavanes*, par Brantôme; y especialmente al capítulo de Montaigne, *sobre las recompensas de honor* (Ensayos, l. II, cap. 7), en que habla del pronto descrédito en que, por una distribucion muy ciegamente copiosa, cayó la *Estrella* del buen rey Juan, por mas respetable que ella era á causa de su orígen. « Unicamente los comandantes de la ronda de Paris quisiéron traerla ya ». Espe-

y desechado hasta entónces. ¡ Vease como, habiles en aprovecharse de los acasos de la inconstante fortuna, van á tratar de captar la confianza del verdadero monarca, despues de haber tenido toda la del usurpador! Pero ¿ estaria mas seguro y mejor afirmado el trono de un Principe, objeto de nuestros deseos, aun cuando él tuviera por sustentáculos á varios agentes de revoluciones, y por consejeros á algunos ambiciosos expertos en el arte de los perjurios (1)? Quiera la Providencia

remos que por último la órden de la verdadera *fidelidad* venga à separar la zizaña del verdadero grano.

(1) Creo con gusto en la sinceridad de las conversiones repentinas en algunos culpables comunes, cuando en ello no se ve motivo ninguno de interes que pueda hacerlas sospechosas; pero cuando ellas parecen acaecer en aquellos hombres habituados á los manejos, aguerridos en los perjurios, y que de esto se forman un título para alzarse con algunas plazas lucrativas, es muy lícito dudar de que sean en general bastante verdaderas, bastante sólidas, para merecer una entera confianza. No podemos decir que las haya

que sean alejados de él, y si no lo fueran, las gentes honradas que vieran entónces el honor y moral tan cruelmente ultrajados con este último triunfo de los mismos proteos á quienes somos deudores de tantos desastres,

producido el remordimiento; porque excluyendo este toda pretension ambiciosa, reduce á aquel á quien él martiriza al retiro de la humilde indignidad. ¿ Tendrian estas raras conversiones por causa aquel augusto embeleso de la legitimidad del trono, que mantuvo á los verdaderos realistas en su invariable fidelidad? Pero ¿ es este agente moral bien poderoso sobre semejantes calumniadores revolucionarios, que nunca fuéron sensibles mas que á los gozos materiales, y para quienes la posesion de los bienes físicos de cualquiera parte que provenieran, fué siempre el mas estimado título? Cuando el Príncipe se ve instado para acordar su confianza á semejantes hombres, debe luchar poderosamente contra la consideracion siguiente que no puede menos de presentársele en el ánimo « ó estos hombres son capaces de generosas ideas, de apego y reconocimiento; ó no lo son. En este postrer caso, no serian mas que malos corazones y monstruos, que ya deberia desechar de mí con indignacion. En el primero, su prin-

y desastres tan novísimos todavía, sentirian haberse librado de sus hecatonfonias, y no invocarian ya mas que la paz de los sepulcros. Los pueblos finalmente á quienes el espectáculo del triunfo perseverante del crìmen, bajo la proteccion misma de la legitimidad, hiciera perder infaliblemente las escasas reliquias de probidad, rectitud y religion que les quedan, concluirian de ella con mucha justicia que el no tenerlas es mas útil y glorioso ahora en Francia (1).

cipal gratitud debe dirigirse, como á su centro, hácia el usurpador ó la revolucion, supuesto que, sin ella ó él, hubieran permanecido en la obscuridad ó medianía de su primera condicion. Fuéron realmente deudores á Buonaparte ó la revolucion de su elevacion á los eminentes puestos en que se quiere los mantenga yo. Apegados bien seguramente á las plazas, con especialidad los que, para tenerlas, se pasáron en el 20 de marzo al partido del usurpador, y se vuelven á mí regreso para lograrlas de mí ¿ serian mas fieles á mí causa que lo fuéron ya? Lo serian mas á mí mismo que lo son á su bienhechor primitivo, si llegando otro usurpador á suplantarme, les diera esperanzas de algunas plazas?

(1) « Desde que una virtud, decia Filocles, no se

¡Ah! si fuera verdad, como se dijo muy ligeramente, que Maquiavelo no hubiera aconsejado mas que la doblez, perfidía y traicion, ciertamente los hombres de que tratamos serian mucho mas hábiles en la práctica de una semejante doctrina, que aquel Buonaparte al que ellos mismos echan en cara la ejecucion de cuanto el *Libro del Principe* puede referir en esta especie, y tendrian motivo para gloriarse de ello, supuesto que triunfarian sobre las ruinas del trono bienhechor, aparentando maldecirle.

estremece al aspecto del vicio, esta manchada con él, y una virtud sin móvil es una virtud sin principios ». (*Viage de Anacarsis*. tom. VI, pág. 470). — — « La indulgencia para el vicio, se dice en la misma obra, es una conjuracion contra la virtud ». (Tom. I, pág. 351). — Uno de nuestros escritores revolucionarios, instruido por la experiencia, exclamaba en un arrebato de probidad: « ¡ Grande é importante leccion! No es menester ajustarse con el crímen, pues él nos castiga de no castigarle ». (Hen. Riouffe, Orac. fún. de Luv.)

§. III.

Abuso que Buonaparte hizo de lo que Maquiavelo habia dicho para los Príncipes nuevos; su menosprecio de los preceptos con que este autor queria hacerlos buenos. — Error de los que sostienen que él propuso á César Borgia, solo y en todo, por modelo à todos los Potentados.

Convendrémos en que Maquiavelo, al contemplar los diversos principados nuevos de Italia en su tiempo, expuso lo que los hombres que habian conseguido poseerlos, hiciéron, para la seguridad de su reinado, como hemos visto á Buonaparte llegar á su soberanía; pero no puede negarse que él dijo tambien como aquellos, cuyo reinado se hallaba legitimado por el unánime voto de los pueblos, ó antiguos derechos reconocidos, se habian conciliado el amor de sus súbditos y el aprecio de las naciones vecinas. Sin duda tambien fundó Buonaparte, sobre algunos ejemplos presentados por Maquiavelo, aquel atrevido sistema segun el cual asombró y oprimió él simultáneamente á los pueblos; pero debió ver igualmente en el mismo autor varias reglas de conducta, por cuyo medio otros príncipes nuevos restableciéron el órden en donde reinaba la confusion, é hiciéron tan felices como sumisos á sus vasallos.

Seríamos injustos en no confesar que él tentó algunos de los medios decorosos practicados por estos príncipes, y que si no tuvo tanto acierto como ellos, depende de que prescindiendo de los mismos obstáculos que los mismos superáron, y de los lazos que su descomunal ambicion le armaba, tuvo realmente en el curso de su dominacion dificultades mas graves y numerosas que aquellos príncipes. No sé si él habia domado, tan bien como los últimos, la anarquía democrática; pero sé que no tuviéron como Buonaparte aquel contrapeso de la opinion pública en favor de la familia destronada, existente siempre y revestida siempre con la estimacion de los demas potentados, igualmente que con los afectuosos recuerdos de una gran parte de la Francia. En balde, para atemperar la fuerza atractiva de este contrapeso, atrajo él

á su partido con el incentivo á que la codicia no se resiste casi, á muchos privilegiados de la antigua dinastía, como habia atraido á casi todos los corifeos de la democracia. La desercion de estos viles realistas no aumentaba casi en nada la fuerza moral del usurpador, porque esta desercion misma les habia despojado de su consideracion en el concepto de la mas sana parte de la Francia; y la preponderancia que en ella tenia la causa de los Borbones no habia perdido nada con esto, á causa de que semejante preponderancia consistia menos en el número de sus partidarios que en la cantidad esencialmente inalterable de honor con que estos le habian abrazado. Estas infamantes deserciones se compensaban por otra parte todos los dias con la inclinacion progresiva que el disgusto, siempre en aumento, de la tiranía de Buonaparte infundia en los indiferentes, y aun en algunos antiguos partidarios de la revolucion, para con la autoridad dulce y paternal que ella habia proscripto.

El duque de Valentinois, César Borgia, fué entre todos los príncipes nuevos citados

por Maquiavelo, aquel á cuya imitacion se dedicó Buonaparte mas; y es necesario confesar que Maquiavelo, por quien su conducta se desencerró, por mas execrable que era este principe en concepto suyo, la miraba sin embargo, en gran parte, tan hábil como necesaria en la situacion á que le habia reducido la ambicion de su padre el papa Alejandro VI. Pero ¿ aprobaba nuestro autor los medios reprensibles de su usurpacion? Ciertamente que no; porque les daba el nombre de horrendas acciones y maldades abominables. Unicamente atendiendo á las circunstancias en que á continuacion se halló César Borgia, y prescindiendo de la precedente usurpacion, condenada ya por Maquiavelo, miraba este las mas de sus acciones políticas como muy conducentes para la conservacion de su principado. En aquellos tiempos en que « se vertia mas sangre fuera de los combates que en las batallas, y en que no se hacia la guerra realmente mas que en los campos de la paz, como lo nota él mismo, era menester, dice, para sostenerse contra unos enemigos cuyas mas terribles armas eran la astucia y perfidia, hacer uso de las

que ellos manejaban con tanto beneficio, porque la fuerza sola hubiera sido mas perjudicial que provechosa. » Y á esto solo se reduce todo su elogio de César Borgia.

Este príncipe en efecto tenia que lidiar con unos hombres que no eran menos malvados que él, en cuyo caso, su desmesurada ambicion, que no se trata ya aquí de examinar en el acto de su usurpacion, no podia lograr seguridad ninguna mas que valiéndose de las mismas armas que ellos, y si no los hubiera sobrepujado en esto, hubiera quedado vencido. Así pues, se expresan con mala fe, cuando dicen « que él preferia la traicion á cualquiera otro medio de tener acierto (1). » La hay mucho mas mala en decir, como lo hizo un biógrafo acreditado, que « César Borgia es el modelo por el que Maquiavelo quiere que se formen todos los potentados (2). » En

(1) *Diccion. hist.* de Caen y Leon : artículo *Maquiavelo.*

(2) Veas. el *Diccion. hist.* de Caen y Leon, con cuyo parecer se conformó ciegamente el Genoves Sismonde-Sismondi en el artículo *César Borgia*, que él

cuanto al modo con que este príncipe se condujo en órden á sus pueblos, se trata únicamente de juzgar, por sus efectos, si no era él en política el mejor de que le fuera posible hacer uso entónces, como lo creyó Maquiavelo (1).

Pero ¿ es pues verdad que, por esto, le haya aprobado él en todo como á estadista, y que le haya transformado en modelo suyo por excelencia para todas las circunstancias? Seguramente que no ; porque le verémos

suministró al tomo V de la *Biografia universal*, Paris, 1812. « Maquiavelo, se dice allí, tomó, en su *Libro del Principe*, á César Borgia por modelo, y no podia efectivamente escoger á un héroe que infundiese mas horror. »

(1) El filántropo Guiraudet confesó en el discurso preliminar de su traduccion (pág. lxxxvj), que « luego que Cesar Borgia hubo vencido à los pequeños tiranos de la Romaña, le miró está como á un libertador. » — « Es tanta verdad, añade en la página siguiente, que la Romaña respiraba en tiempo de César Borgia, que luego que él hubo perdido á su padre y la potestad, y vistose abandonado de todos, esta misma Romaña le permaneció fiel. »

ahora mismo vituperar con severidad muchas acciones suyas; y estaba bien remoto de profesarle aun bajo un aspecto político, aquel aprecio de idolatría, que Montesquieu le supuso diciendo: « Maquiavelo estaba lleno de su ídolo, el duque de Valentinois (1). » Mucho mas; y he aquí lo que sus detractores no quisiéron decir, porque es uno de los mas evidentes testimonios de su probidad, habia cogido horror al genio y conducta de este Duque y padre suyo. Puede verse la demostracion franca y sincera de ello, manifestada por él mismo en sus cartas á los magníficos señores de la república Florentina, miéntras que él era embajador suyo cerca de la Corte romana en el año de 1503 (2); como tambien en su poema de los *Decennali* (3).

Supuesto que estamos en las acusaciones

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXIX, cap. XIX, *de los Legisladores*.

(2) Véanse, entre otras, las cartas de los dias 26 y 28 de noviembre del año de 1503.

(1) Hácia el fin de su *Decennale primo*, ó relacion analítica de lo que habia pasado en Italia durante

hechas contra el *Libro del Príncipe*, despues de haber reducido á su justo valor la que tuvo á César Borgia por pretexto, veamos individualmente si las otras van mejor fundadas.....

Se reducen ellas á tres capítulos: « 1.° Maquiavelo enseñó á los hombres el arte de en-

diez años: se hallan contra Alejandro VI y su hijo, las terribles estancias siguientes, cuya traduccion darémos.

Maló Valenza, é per a ver riposo
Portato su fra l'anime beate
Lo spirito di Alessandro glorioso,
Del qual seguiró le sante pedate
Tre sue familiari e care ancelle
Lussuria, simonia y crudeltate.
. . . . . .
Poi che Alessandro fu dal cielo ucciso,
Lo stato del suo Duca di Valenza
In molte parti fu rotto é diviso.
. . . . . .
Giulio sol lo nutri dis peme assai;
E quel Duca in altrui trovar credette
Quella pietá, che non connobe mai
. . . . . .
E Borgia si fuggí per vie coperte;
E benche é fosse da Gonsalvo visto

gañar; 2.º dió al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento; 3.º no queria deber nada á la religion; aun la proscribia, y ni siquiera creia en Dios. »

Como estas acusaciones se hallan en algunos libros franceses, compuestos por consi-

Con lieto volto, li pose la soma
Che meritava un ribellante á Cristo;
E per far ben tanta superbia doma,
In Ispagna mando legato é vinto.

« El duque de Valencia estaba enfermo cuando el alma de Alejandro, á quien la lujuria, simonía y avaricia, íntimas y queridas compañeras suyas, habian eguido siempre los pasos, era conducida á la clase de los espíritus bienaventurados para que ella empezase á gozar de algun reposo.

» Pero despues que Alejandro fué condenado à muerte por el cielo mismo, el estado de su duque de Valencia se desordenó y dividió en muchas partes.

» Solo el papa Julio le entretuvo abundantemente con lisongeras esperanzas y el duque creyó hallar en otro la compasion que él mismo no habia conocido nunca. . . . . .

» Y Borgia recurrió entónces á algunas vias secretas para evitar su ruina, pero Gonzalo, al mismo tiempo de acogerle con afabilidad, le impuso la pena que merecia aquel hombre rebelado contra el Cristo; y para sujetar bien su extremada soberbia, le cargó de cadenas, y mandó conducirle así á España atado como un rebelde vencido. »

guiente para una nacion á que es casi totalmente agena la antigua lengua de Maquiavelo, si fueran calumniosas, seria preciso concluir de ello que los que las hiciéron, no habian sabido leerla, ó que si, capaces de leerla bien, la hubieran comprendido bien, habrian querido abusar de la imposibilidad en que los lectores se hallaban de reconocer la falsedad de estas acusaciones.

§. IV.

Si es verdad, 1º que Maquiavelo haya enseñado, generalmente hablando, á los hombres el arte de engañar; y 2º que haya dado al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento.

Es necesario confesar que el *Libro del Príncipe* presentaba, en algunos pasages, á los que quisieran hacer ostentacion de virtud, excelentes ocasiones para pregonar bellas teorías

de moral y filosofía; pero el fatigarse en probar que ellas se hallan ofendidas allí á veces, era en el fondo un trabajo bien en balde. Este libro no es un tratado destinado á hacer que los simples particulares que le lean, sean diferentes de lo que el vicio los hace; sino un tratado de política, obligado á tomarlos tales como ellos son, y en el que convenia no desentenderse de que son malos, supuesto que un plan de órden social que los supusiera buenos, no tendria mas que una basa quimérica.

Hemos visto ya que el autor hubiera desechado ciertas máximas suyas, y aconsejado á los príncipes la mas íntegra é invariable virtud únicamente, si los hombres fueran en general buenos y virtuosos, es decir, inclinados á la justicia, á la moderacion, al amor del órden, al desinteres, á la obediencia y abnegacion de las voluntades y miras desordenadas del interes personal. Pero la cosa sucede de muy diferente modo, por mas que hayan dicho los filósofos del siglo pasado, á los que importaba tanto el distraer á los príncipes con una falaz confianza á la orilla del precipicio que se ahondaba al pie de sus tronos.

Ahora bien ¿ era pues en el fondo enseñar á los príncipes el arte de engañar, el asegurarlos contra los expedientes de que hace uso diariamente la industriosa perversidad humana contra ellos? Sé con todo el mundo, decia Maquiavelo al comenzar aquel capítulo XVIII contra el que subleváron tanto á las personas timoratas del vulgo, como si estuviera compuesto para ellas, sé que no habria nada de mas loable en un príncipe que el mantener su fe obrar siempre como hombre íntegro, y desechar lejos de sí toda astucia (1) » Pero ¿ de que servirá, repítolo, la ingenuidad de estas virtudes enteramente solas, en un príncipe cercado de vasallos acostumbrados á formarse de sus promesas y clemencia otras tantas armas funestas contra él? ¿ No tenemos todavía á la vista la prueba sobresaliente de que la cándida buena fe, la probidad franca y leal, la confiada bondad de un Monarca cuyos mas poderosos súbditos son malos y pérfidos, no tienen por resultados mas que su desgracia y los desastres de su reino?

(1) *Libro del Príncipe*, cap. XVIII.

Reparemos pues bien en que Maquiavelo no aconsejaba á los príncipes el artificio y astucia mas que para con semejantes malvados, y no para con los hombres honrados. Habia ya mala fe en suponer lo contrario, y la hay mayor todavía en querer persuadir, con la astuta generalidad de los términos de la acusacion, que este autor daba el mismo consejo á *todos* los hombres *de cualquiera especie* en el trato de gentes. Los acusadores aparentáron no echar de ver que Maquiavelo hablaba á los estadistas solamente, á quienes está reservada exclusivamente la ciencia práctica ¡ Cuan penosamente diferentes son su situacion y obligaciones de las de los súbditos entre sí! Estos deberian no turbar el órden social; pero sus pasiones los impelen á ello con suma industria, con suma eficacia; y el que gobierna debe valerse de todo para desconcertar y contener aquellas pasiones muy diestras y poderosas con que el órden social que él debe mantener, se arruinaria. La moral, cuyo fin es hacer mejores á los hombres, no se encamina hácia él mas que indirecta y débilmente, 1.° en cuanto ella no se dirige mas que á los individuos, y

2.° en cuanto no tiene eficacia mas que sobre un cortísimo número: y en el hecho sus medios permanecen insuficientes sobre la totalidad. Necesita de otros mas amplios y vigorosos el príncipe que intenta conducirla bien; y cuantos le son indispensables para el desempeño de la especial obligacion que él tiene de conservar el órden público, y asegurar á sus pueblos el sosiego en solo el cual pueden gustar de la felicidad de la vida civil, le son lícitos. Notemos bien que únicamente sobre esta máxima va fundada la dispensa que él tiene del precepto que prohibe sin excepcion el causar la muerte á ninguno; y no sentaríamos nada que no hubiesen enseñado ya los mas profundos estadistas, si nosotros mismos dijéramos que estas ó aquellas prendas morales, constantemente necesarias en un simple particular, no son siempre buenas prendas políticas en un soberano; y que lo que se miraría con razon como un vicio en un particular, no es siempre uno en el Monarca, atendiendo al cuerpo social que él debe mantener y gobernar. « Todos los vicios políticos, dice Montesquieu, no son vicios morales, ni